

LAS LECTURAS BIBLICAS DE LA CINCUENTENA PASCUAL

PERE FARNES

Como en los otros tiempos litúrgicos también durante la Cincuentena pascual se presentan y entrecruzan en la liturgia varios ciclos de lectura bíblica. Para que estos diversos ciclos tengan su debida resonancia espiritual es preciso conocerlos, distinguirlos entre sí y asumir cada uno de ellos en su óptica propia y distinta. Sin que ello signifique que sea necesario –ni tan sólo deseable– dar siempre a todos y cada uno de los ciclos el mismo subrayado o la misma importancia subjetiva. En unos años se podrá subrayar un determinado libro bíblico –haciéndolo, por ejemplo, tema de la oración personal o de la homilía– en otros años se podrá recalcar otro escrito. Pero de una u otra forma –con subrayado intenso o con simple lectura “sugere de lo que ya se conoce” todas las lecturas proclamadas en la celebración deben tener una verdadera resonancia espiritual –sino ¿para qué se proclaman?– es decir, a todas las lecturas se les debe dar un contexto que les facilite a ser alimento de la propia vida espiritual. Dar, pues, como una mirada unitaria al conjunto de lecturas del ciclo pascual para situarlas en su propia óptica es lo que pretendemos en este artículo.

1. Mayor presencia de la “lectura continua” que en los otros tiempos fuertes

La primera característica de las lecturas de la Cincuentena es el hecho de que en estos días tenemos una mayor presencia de lecturas “unitarias” que en los otros tiempos fuertes. O dicho de otro modo: en estos días habitualmente se usan lecturas continuadas o semicontinuadas ¹ y se da muy pocas veces la selección de un

¹ Hay ciertamente excepciones, pero éstas son pocas: se seleccionan, por ejemplo, las lecturas de la Noche pascual (esta selección es precisamente la más antigua, la más universal y la más venerable de

texto, aislado de su contexto bíblico inmediato.² Bajo este aspecto la Cincuentena pascual se diferencia de los restantes tiempos fuertes, al menos con referencia a las lecturas de la misa. Durante la Cincuentena, en efecto, tanto en la Misa como en la Liturgia de las horas, habitualmente se usa una lectura continua o, por lo menos, semicontinua³ de determinados escritos bíblicos.

Conviene, con todo, remarcar una característica singular de las lecturas continuadas del tiempo pascual. Nos referimos a una característica que da a la lectura pascual continuada un matiz que la hace diversa de la lectura continuada del tiempo ordinario y que subraya ya la "Institución" de la Liturgia de las horas: "En la distribución de las lecturas de la sagrada Escritura en el Oficio de lectura se tienen en cuenta algunos tiempos sagrados (sobre todo el tiempo de pascua) en los que, *siguiendo una tradición venerable, se han de leer determinados libros*".⁴ En efecto, si durante el tiempo ordinario las lecturas continuadas proceden "según la cronología de la historia de la salvación"⁵ para que con ello se capte mejor como Dios se revela progresivamente al hombre,⁶ en la Cincuentena pascual el procedimiento es otro: se *seleccionan* unos libros bíblicos determinados porque son éstos los que, según la antigua tradición tanto oriental como occidental, iluminan mejor el sentido de la pascua cristiana.

En cierta manera se puede decir que las lecturas continuas de la Cincuentena pascual se sitúan a medio camino entre lo que son las "perícopas seleccionadas" que se proclaman en las grandes fiestas⁷ y la lectura seguida y completa de los libros bíblicos, uno después del otro según la cronología de la revelación: en la Cincuentena se sigue la dinámica íntegra de determinados libros⁸ pero, en cambio, se prescinde de la dinámica que enlaza unos libros bíblicos con otros; los libros no

las que se conocen), las del día de Pascua, los evangelios de la octava pascual, las lecturas del día de la Ascensión y Pentecostés, etc.

2 En las lecturas feriales de las misas de Cuaresma de las tres primeras semanas, por ejemplo, diariamente se pasa de un libro a otro, tanto en la epístola como en el evangelio, situando por ello cada lectura fuera de su contexto (solo a partir del lunes de la 4a. semana, el evangelio —no la 1ª lectura— sigue un sistema de lectura continuada). Esto mismo acontece —es un segundo ejemplo— con la mayoría de lecturas feriales de las misas de Adviento.

3 Vale la pena subrayar que la Cincuentena pascual es el *único ciclo del año* en el que está presente la lectura semicontinua en las primeras lecturas de la misa dominical. Es la única ocasión, por tanto, en la que ante los fieles que sólo participan de la misa dominical, se puede insistir en la, por lo menos relativa dinámica de continuidad, que presentan las diversas perícopas de los Hechos de los Apóstoles. Es por ello conveniente ayudar a estos fieles a que capten el hecho y se acostumbren a dar el debido relieve —al que generalmente no están habituados— también a la primera lectura de la misa.

4 Institución de la Liturgia de las horas, núm. 143.

5 Inst. de Lit. de las horas, núm. 152.

6 Idem.

7 En estos días —también en las celebraciones rituales— se escogen determinados *fragmentos* de la Escritura para iluminar la fiesta o celebración que se realiza, tomándolos de uno u otro libro bíblico al margen de toda lectura conjunta del libro.

8 Es decir, en el *interior del libro bíblico* se sigue la lectura continua.

se proclaman en el orden cronológico de la historia de la salvación sino que se escogen en orden a iluminar el misterio pascual de Cristo vivido y actualizado en y por la Iglesia. No se seleccionan ciertamente perícopas aisladas, pero sí se seleccionan determinados libros.

2. Los libros proclamados durante la Cincuentena pascual

Por orden de antigüedad –y seguramente también en razón de la misma intensidad de su respectiva significatividad pascual– los libros que se proclaman en la liturgia pascual son en orden progresivo los siguientes: a) el evangelio de Juan; b) los Hechos de los Apóstoles; c) el Apocalipsis; d) la Primera carta de Pedro y e) las cartas de san Juan.

Cada uno de estos libros tienen una gran significatividad pascual –ciertamente por motivos o enfoques diversos– que los hace especialmente propios para la celebración de las fiestas pascales. Pero evidentemente esta significatividad objetiva no es suficiente para que la comunidad eclesial los viva en orden a la contemplación del misterio que se celebra en la Iglesia. Junto a la significatividad objetiva es necesaria, pues, también una receptividad subjetiva que llegue a captar personalmente el libro o los libros en la clave en la que los ha seleccionado la Iglesia. Dicho de otra forma: al escuchar las lecturas pascales no es suficiente la inteligencia del libro bíblico en sí mismo –ésta es evidentemente una faceta imprescindible– sino que se requiere también una captación del sentido pascual del libro. Y pensamos que ésta con frecuencia no se da. Las lecturas bíblicas se escuchan durante el tiempo pascual con la misma actitud que en el tiempo ordinario. Pensamos que muchas veces, incluso los “más se quieren afectar” (para emplear el lenguaje ignaciano) por entender el mensaje de la Palabra, se limitan a entender lo que dice el texto en sí mismo, exactamente como lo hacen en el resto del año. Con esta actitud ciertamente empobrecen la contemplación cristiana e innegablemente se distancian de la manera de proceder de los Padres cuya espiritualidad, centrada siempre en el misterio pascual de Cristo, resultaba mucho más contemplativa.

3. Presencia del evangelio de Juan

Es seguramente el más antiguo escrito bíblico que se ha proclamado en la liturgia pascual. En cierta manera, por lo menos, el mismo contenido objetivo de este evangelio responde a las realidades sacramentales que celebra la Iglesia en los días de Pascua.

Si el tiempo de pascua es sobre todo el tiempo de la celebración de los sacramentos ⁹ y el de las catequesis mistagógicas, ¹⁰ el evangelio de Juan, todo él

⁹ El Bautismo, la reconciliación de los penitentes, la comunión pascual obligatoria a todo cristiano, la consagración de los óleos, etc.

¹⁰ En estos días las tenían los Padres y para estos mismos días las vuelve a proponer el nuevo

escrito en clave intensamente simbólica y con innegables alusiones a los sacramentos y a sus gestos, ¹¹ resulta especialmente indicado para esta contemplación de los signos sacramentales. Una lectura de alguno de los libros citados en la nota 11 ambientaría en sentido pascual la contemplación de este libro durante la Cincuentena.

Otra de las claves pascales de Juan es la presentación de las acciones de Cristo como cumplimiento “espiritual” del Antiguo Testamento. ¹² También este aspecto puede resultar muy rico para la vivencia espiritual de los signos sacramentales que constituye una de las finalidades mayores del tiempo pascual.

Un nuevo aspecto que aproxima el evangelio de Juan a la Cincuentena es la frecuencia con que en este escrito Jesús aparece participando en las fiestas litúrgicas de Israel (pascua de diversos años, fiesta de los tabernáculos, etc.). El tiempo pascual es el ciclo por excelencia de la celebración de los sacramentos, del profundizar en la necesidad de su celebración y participación para el logro de una verdadera vida cristiana: el hecho de que en el evangelio “espiritual” tenga tanto relieve la presencia de Jesús en las celebraciones litúrgicas es todo un programa de vida cristiana.

4. Distribución del evangelio de Juan en los leccionarios del Ciclo pascual

El evangelio de Juan, redactado todo él como hemos visto, en torno a los signos sacramentales de la pascua de Jesús, la Iglesia desde muy antiguo ¹³ lo proclama en relación y para ambientar la celebración de Pascua. Esta proclamación “envuelve”, por decirlo de alguna manera, toda la celebración pascual y está presente tanto en los días que preceden a la noche pascual como en los que, después de la misma, forman la Cincuentena y tanto en el Leccionario dominical como en el ferial.

Ritual de la Iniciación cristiana de adultos (Praenotanda, núm. 40)

11 Hoy nadie pone en duda que el cuarto evangelio tiene en su trasfondo —más o menos intensamente— los signos sacramentales usados por la Iglesia; véase a este respecto especialmente: CULMANN, *La foi et le culte de l'Église primitive*, Delachaux & Niestlé, Neuchâtel 1963, sobre todo la parte V: *Les sacraments dans l'Évangile Johannique*; BOUYER, *El cuarto evangelio*, Estela, Barcelona 1967; AA.VV. *Segni et sacramenti nel vangelo di Giovanni*, Anselmiana, Roma 1977.

12 Mateo insiste también en el cumplimiento de las profecías, pero lo hace desde un punto de vista muy diverso. Podríamos decir que Mateo se coloca en un plano “apologético”; Juan lo hace, en cambio, con una perspectiva más contemplativa o celebrativa. Con frecuencia Juan coloca al oyente en tres planos: en el trasfondo se refleja el Antiguo Testamento: en el centro, las acciones históricas de Jesús, encima de este plano los signos sacramentales de la Iglesia. Así en el capítulo 6: a) la *historia* del maná (Antiguo Testamento); b) llevada a plenitud por la multiplicación de los panes (acción histórica de Jesús); c) hecha presente en la Eucaristía (presencia sacramental); o bien en el capítulo 19: a) el cordero pascual al que no se le quiebran los huesos (Antiguo Testamento); b) el centurión que no quiebra los huesos de Jesús pero hace brotar agua y sangre de su costado (acción histórica de Jesús); c) el bautismo de agua y la eucaristía de sangre (presencia sacramental).

Si la presencia del cuarto evangelio en el ciclo pascual es una realidad innegable ya desde antiguo tanto en Oriente como en Occidente, la reforma litúrgica de nuestros días ha dado a esta presencia un tono, un relieve y sobre todo una variedad y riqueza muy dignos de subrayarse. Hoy, en efecto, el cuarto evangelio se distribuye alrededor del domingo de Pascua, parte antes del Triduo, parte después, parte en los ciclos dominicales, parte en las misas feriales. Con esta presencia múltiple el mensaje de Juan se proclama en los días pascales de manera moralmente íntegra.

En el Leccionario dominical Juan aparecè en los domingos III, IV y V de Cuaresma de los ciclos A y B y nuevamente a partir del IV domingo de Pascua hasta el domingo de Pentecostés. En los domingos de Cuaresma los textos de Juan preparan los sacramentos pascales (ciclo A) o ambientan la contemplación de la glorificación de Cristo en su misterio pascual (ciclo B). El ciclo de Juan se interrumpe en los tres primeros domingos de pascua para dar lugar a la narración de las apariciones del Resucitado según el sinóptico propio de cada año, pero pasado el domingo tercero se reemprende la lectura hasta Pentecostés.¹⁴

Por lo que respecta a las lecturas feriales el cuarto evangelio se lee, como en el ciclo dominical, tanto antes como después de la solemnidad pascual. Una parte de Juan se lee a partir de la cuarta semana de Cuaresma y otra a partir de la segunda semana pascual. Pero hay que subrayar que esta lectura se hace de una forma muy singular y característica: se trata, no de una secuencia de textos que va progresando desde las últimas semanas de Cuaresma hasta el domingo de Pentecostés, sino de dos series independientes de lectura semicontinua que, cada una de ellas, sigue a su manera la totalidad del evangelio escogiendo por orden de capítulos, determinados fragmentos y dejando en cambio otros.

Al empezar la semana cuarta de Cuaresma se inicia un “primer paso” de lectura semicontinua de Juan que empieza en 4,43 y se y se prolonga hasta 13,38. En esta primera serie cuaresmal de perícopas se escogen sobre todo aquellos fragmentos en los que aparece la oposición creciente entre Jesús y las autoridades de Israel. Esta contemplación del Señor enfrentándose al mal, personalizado en el cuarto evangelio en los “judíos” (autoridades de Jerusalén) está como llamada a fortalecer la lucha cuaresmal de los fieles, lucha que de esta forma se presenta no simplemente limitada a un contexto ascético (como se proponía en las lecturas de las primeras semanas de Cuaresma) sino centrada sobre todo en la comunión de lucha y de victoria con Cristo, vencedor absoluto del mal.

Llegada la solemnidad pascual, de la misma manera que las lecturas evangélicas de los domingos hacen un paréntesis de tres días (Domingo de Pascua,

13 Esta antigüedad del uso de Juan en el ciclo pascual se prueba sobre todo por el hecho de que su lectura en estos días no es exclusiva del rito romano sino común al conjunto de los ritos tanto orientales como occidentales. Esta lectura ya se hacía, pues, antes de que, en el siglo IV aproximadamente, nacieran las diversas familias litúrgicas.

octava y domingo tercero) en los que no se lee Juan para que los fieles contemplen algunas de las apariciones del Resucitado según el sinóptico del año, así también en el ciclo ferial la lectura semicontinua de Juan se interrumpe durante los días de la octava pascual para dar lugar a una antología de textos que presentan diversas apariciones de Jesús según cada uno de los relatos de los cuatro evangelios.

Pasada la octava de Pascua se reemprende nuevamente la lectura de Juan pero no a partir de 13,38 que es donde quedó la lectura cuaresmal sino volviendo otra vez al inicio del librito (a partir de 3,1 y hasta 17,26). En este “segundo paso” sobre el evangelio de Juan se escogen para estos días perícopas de matiz propiamente pascual. La serie se inaugura con el tema de los sacramentos de la iniciación cristiana que se celebraron en la Noche pascual: el Bautismo y la Confirmación se aluden a través del diálogo de Jesús con Nicodemo; la Eucaristía por medio del largo discurso del Señor sobre el pan de vida. A partir del lunes cuarto se leen diversas perícopas sobre el buen pastor, tema iniciado en la liturgia dominical del domingo anterior. Desde el lunes de la sexta semana la lectura de Juan inaugura un nuevo tema también pascual: la de las perícopas en las que se habla de la promesa del Espíritu Santo con cuya última y solemne efusión en Pentecostés se concluirá la Cincuentena. Los días que siguen al domingo de la Ascensión, y como eco del misterio celebrado en esta solemnidad, se lee la oración sacerdotal de Jesús en la última cena. En las dos últimas ferias de la Cincuentena se lee finalmente la conclusión del cuarto evangelio con la narración de la última aparición de Jesús,¹⁵ con la que termina este segundo ciclo de lectura continuada del cuarto evangelio.

5. Los Hechos de los Apóstoles

La lectura de los hechos de los Apóstoles durante la Cincuentena, es también, como la lectura del evangelio de Juan, una nota característica del conjunto de las Iglesias tanto de Oriente como de Occidente. Esta lectura era ya tradicional en Africa en tiempo de san Agustín ¹⁶ y en Oriente en tiempo de san Juan Crisóstomo. ¹⁷

La motivación que llevó a la Iglesia a la lectura de los Hechos durante la Cincuentena la expone ya san Juan Crisóstomo: se trata de una proclamación de la resurrección de Cristo demostrada a través de los milagros realizados por los discípulos que habían contemplado la victoria del Señor. La Iglesia nace en efecto

¹⁴ Se exceptúa el domingo de la Ascensión en el que, como es normal, se proclama el relato de la última aparición del Resucitado según el sinóptico propio del ciclo.

¹⁵ Es importante subrayar que en las dos últimas ferias de la Cincuentena los días más cercanos a Pentecostés no se lea precisamente una lectura alusiva al Espíritu Santo sino a la *última* aparición del Resucitado: es una manera de subrayar la unidad de la Cincuentena toda ella consagrada a la victoria pascual de Jesucristo.

¹⁶ Sermón 315, PL 38, 1426.

¹⁷ Hom. 33 sobre el Génesis, PG 53,305.

como consecuencia de la resurrección de Jesús, es como su prolongación. Por otra parte no puede negarse que hay un nexo muy fuerte entre lo que significa la victoria pascual con la que empieza la Iglesia, la celebración del bautismo que la acrecienta y la lectura de los Hechos que narra el crecimiento incesante de los discípulos del resucitado a través del mundo.

6. Distribución de la lectura de los Hechos durante la Cincuentena pascual

Los leccionarios litúrgicos del Vaticano II distribuyen la lectura de los Hechos durante la Cincuentena de manera muy intensa y extraordinariamente insistente: es casi ¹⁸ la única excepción a la norma general de no leer en las mismas semanas un mismo libro bíblico en la misa y en el Oficio. ¹⁹ Pero se dan ciertamente motivos para introducir esta excepción en la liturgia de los días pascales: la relación íntima que media, como acabamos de ver, entre el libro de los Hechos y los misterios celebrados por Pascua y la antigüedad y universalidad de la lectura del libro de Lucas durante la Cincuentena.

La distribución de las lecturas de los Hechos se presenta, pues, en la liturgia pascual de un modo muy catequético, interesante y sugestivo: se trata de una lectura como a tres niveles: lo más fundamental del crecimiento de la Iglesia se distribuye en las primeras lecturas dominicales de los tres ciclos, lecturas que durante la Cincuentena suplen las habituales perícopas del Antiguo Testamento: ²⁰ así todos los cristianos, incluso los que únicamente participan de la celebración eucarística dominical, escuchan por lo menos los rasgos más característicos del nacimiento y progreso de la Iglesia; otros pasajes, ciertamente más numerosos, se proclaman en las misas feriales desde el lunes de Pascua hasta el sábado anterior al domingo de Pentecostés: con ello los que participan diariamente de la Eucaristía alcanzan una visión más plena de como la Iglesia de Jesús va arraigando entre los hombres; finalmente los ministros de la Palabra y los contemplativos tienen en años alternos ²¹ un tercer ciclo de lectura de los hechos —esta vez completo— en el Oficio de lectura, ciclo que les adentrará en la totalidad del libro de Lucas.

7. El Apocalipsis

También el Apocalipsis es un libro pascual tanto por su mismo significado y contenido como por la antigüedad de su lectura durante la Cincuentena en las diversas

¹⁸ Decimos “casi única excepción” porque algo parecido, aunque no totalmente idéntico, acontece con el libro de Isaías en Adviento y Navidad.

¹⁹ IGLH, núm. 146

²⁰ Así por Pascua todo es “nuevo”, todo queda centrado en el mensaje *explícito de los testigos de Cristo*.

liturgias cristianas. Las descripciones de la liturgia celestial con la presencia gloriosa del Cordero inmolado son una expresiva escenificación del triunfo y del sacerdocio del Resucitado junto al Padre tal como la celebra la liturgia de los días de Pascua. La lectura de este escrito bíblico tiene lugar, de forma íntegra, en el Oficio de lectura de los paños impares y, a base de una pequeña antología de textos seleccionados, en las misas dominicales del ciclo C.

8. La primera carta de san Pedro y las Cartas de san Juan

La primera Carta de Pedro es probablemente una antigua homilía bautismal dirigida a unos recién bautizados: de aquí que se haya seleccionado este escrito para el Oficio de lectura de la octava de Pascua ²² en los años impares.

Digamos para terminar que, en el Oficio de lectura de los años impares, terminado el Apocalipsis, se leen las Carta de san Juan. Las repetidas alusiones al nuevo nacimiento como hijos de Dios que contiene este escrito también lo hace apropiado para los días pascales en los que se revive con intensidad el bautismo. La presencia de estas cartas en la Cincuentena es también relativamente antigua, aunque sólo en el ámbito de la liturgia romana; pero parece que su selección fue hecha no por su relación con el misterio pascual sino más bien porque formaban parte de una antigua lista de lecturas de las epístolas católicas que, leídas primitivamente en las semanas anteriores a Cuaresma, se desplazaron luego a las semanas de Pascua. ²³

21 En los años pares (en este año en concreto), según el leccionario bienal de la Liturgia de las horas, no según el anual.

22 En el *proyecto*, algo modificado, del Leccionario bienal que se prepara, esta carta se lee, durante la octava de pascua, todos los años, no únicamente en los impares como ahora.

23 Cf. CHAVASSE, *Le cycle pascal*, citado en JOUNEL, *La Maison Dieu*, 67 (1961) 177.